

Apuntes para una lectura económica de los conflictos armados

Jesús A. Núñez Villaverde



Se tiende a pensar que la declaración, formal o no, de la guerra ha sido siempre un recurso del fuerte contra el débil. Sin embargo, el estudio de los conflictos característicos de la última etapa de la guerra Fría y, sobre todo, de los que actualmente sufre la humanidad, están obligando a modificar estos supuestos tan arraigados. Bastaría con asomarse a lo que ocurre en diferentes partes del África subsahariana, donde se manifiesta una violencia estructural en la que no resulta fácil rastrear las motivaciones políticas de los actores en presencia, o a conflictos tan recientes como los de Afganistán o del que está en marcha contra Iraq, para poder percibir cómo otros factores, entre los que destacan claramente los económicos, van adquiriendo un protagonismo creciente.

Aumentan los presupuestos de defensa

La reducción del esfuerzo militar mundial registrado como consecuencia del final de la Guerra Fría, tanto en efectivos humanos como en recursos económicos dedicados a la defensa, pareció indicar una pérdida de importancia de los asuntos militares en el marco de las relaciones internacionales y una oportunidad para apostar por otras vías para garantizar la paz y la seguridad. Sin embargo, desde que se ha iniciado esta década se percibe una notable revitalización no sólo del discurso militar (la política internacional está cada vez más militarizada, en función de los imperativos de la "guerra contra el terror"), sino también de las acciones desarrolladas en este campo. La decisión adoptada por la Administración Bush de incrementar significativamente sus presupuestos de defensa, está siendo seguida por otros países (Gran Bretaña y Francia entre los más destacados, pero también España) y sirve para que los representantes de la Unión Europea (tanto del Sr. PESC, Javier Solana, como el propio presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi) vayan preparando a la opinión pública comunitaria para aceptar sustanciales aumentos en los presupuestos de defensa en sus respectivos países, con el argumento de que es la única manera de que la UE pueda llegar a "ser alguien en el mundo".

Esta tendencia, cuando se analiza en lo que afecta a los principales países desarrollados del mundo,



que no por casualidad coinciden prácticamente (a excepción de China y Rusia) con los que poseen los mejores ejércitos y los que han desarrollado una mayor capacidad productora y exportadora de armamentos, explica el interés por explotar esta argumentación, basado fundamentalmente en la necesidad de hacer frente a las amenazas (reales por otro lado) del terrorismo internacional y de la proliferación de armas de destrucción masiva, adaptando su estrategia a los nuevos tiempos. Unos tiempos que, en este terreno, recuerdan desgraciadamente a etapas que ya parecían superadas. Por centrarnos en el caso estadounidense, aunque a otra escala podría hacerse el mismo ejercicio con otros países occidentales, resulta evidente la instrumentalización del peligro de la necesidad de la guerra para atender a otros fines. En primer lugar, habría que recordar cómo en el escenario preelectoral de noviembre pasado, los asesores políticos del partido republicano decidieron apostar claramente por centrar el debate en torno a la campaña contra Iraq, en un intento, exitoso, de desviar la atención de la opinión pública sobre la mala situación económica y los escándalos financieros que habían salpicado a importantes empresas y a dirigentes del propio gobierno. Por otro lado, la exacerbación del patriotismo más rancio ha

facilitado la aprobación de los mencionados incrementos presupuestarios dedicados a la defensa y a la puesta en marcha del programa del escudo antimisiles, dinamitando las bases del modelo estratégico válido hasta ahora (lo que podría traducirse en una nueva carrera de armamentos nucleares).

Una industria con muchos beneficios

Ésta ha sido, una vez más, la vía elegida por los gobernantes estadounidenses para tratar de superar la recesión económica en la que EEUU se encuentra. Como ya ha ocurrido en otras ocasiones a lo largo de la historia reciente, EEUU tienen en su complejo militar-industrial uno de sus principales motores de actividad económica. Alimentar ese motor, con más presupuestos y con más programas (del total de gasto militar mundial, estimado en unos 800.000 millones euros -valor aproximado en dólares-), es un recurso que ha logrado resultados positivos en el pasado y que se confía en que también lo haga ahora. Es una actividad, artificialmente impulsada desde la Administración, que reporta beneficios no sólo en el interior del país (generando más empleo y otorgando garantías de supervivencia a las empresas), sino también en el exterior, permitiendo a EEUU colocarse un escalón por encima de cualquier posible competidor a escala mundial y facilitando el reforzamiento de alianzas estratégicas con aquellos países que se convierten en sus principales clientes en este capítulo. En este sentido, es necesario destacar el papel que crecientemente está adoptando el ministerio de defensa, no sólo en EEUU sino en la práctica totalidad de los países con capacidad industrial en el ámbito de la defensa, como un agente comercial de las empresas nacionales del sector. En

la medida en que las propias fuerzas armadas no son capaces de absorber totalmente la producción de dichas empresas, y dado que por intereses nacionales resulta fundamental asegurar su supervivencia y su rentabilidad, los departamentos de defensa, ayudados por los de asuntos exteriores, se preocupan de encontrar los clientes necesarios en cualquier rincón del planeta.

El recurso a la violencia y sus "ventajas"

Esta tendencia se acomoda perfectamente a un comportamiento generalizado de muchos de los países en desarrollo, que no disponen de una industria de defensa que les satisfaga la demanda de sus fuerzas armadas. Una demanda que, en demasiados casos excede sus necesidades de auto-defensa, y que se explica mucho mejor por causas ligadas a un afán expansionista o a intereses propios de los altos mandos de los diferentes ejércitos, convertidos en actores con capacidad política. Bastaría recordar, como ejemplo bien claro de este comportamiento, el rearme generalizado que se produjo por parte de todos los países del Golfo Pérsico tras la campaña militar contra Iraq, en 1991 (que supuso un importante negocio para las compañías de armamento de EEUU, Gran Bretaña y Francia, principalmente). Cuando actúan así, entienden, equivocadamente, que más armas significan más seguridad, sin comprender que su rearme sirve para disparar el intento de emulación de sus posibles adversarios, para relanzar la carrera de armamentos y para engrosar aún más la cuenta de resultados de los principales productores de armas (los cinco países con asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU acaparan el 85% del comercio mundial de armas).

Por lo que respecta a los aproximadamente treinta Estados frágiles, en los que con mayor probabilidad se producen conflictos intraestatales (los más numerosos en la actualidad) y en los que la autoridad estatal ni siquiera ha logrado asegurar el monopolio de la fuerza, el factor económico adquiere aún mayor importancia. En unos contextos en los que las necesidades básicas de la inmensa mayoría de la población no están cubiertas por el Estado y en los que la ocupación del poder se plantea en términos de acaparamiento de las riquezas nacionales por parte de unos pocos, sometiendo al resto a la exclusión y marginación en todos los terrenos, el recurso a la violencia tiene un componente económico inmediato. En las situaciones de violencia estructural que aquí se producen, la incorporación a alguno de los bandos combatientes se percibe como un modo de vida; el mejor posible en la mayoría de los casos. El conflicto de Angola puede servir de ejemplo para entender cómo se ha perdido toda referencia política, como objetivo a lograr mediante la violencia, una vez que las dos principales entidades combatientes se han asegurado el control de una parte del territorio nacional que le reporta importantes beneficios económicos (diamantes en un caso, y petróleo, en el otro). El interés por poner fin al conflicto desaparece, cuando no hay alternativas a corto plazo para acceder a una posición económica mejor de la obtenida a través de las acciones violentas. Todavía podría añadirse que muchos de estos conflictos se mantienen abiertos por la colaboración interesada de actores exteriores que encuentran unas condiciones favorables para, aprovechando el clima de inestabilidad y debilidad existentes, desarrollar cualquier tipo de comercio ilícito (armas, drogas, brillantes, petróleo...) en su propio beneficio.

Control de recursos energéticos

Por último, aunque su actualidad casi exigiría mencionarla en primer lugar, los intereses por el control de recursos energéticos explican en gran medida la dinámica militarista que estamos viviendo en estas semanas. El fundamento de los modelos económicos y productivos de los países desarrollados sigue estando, desde hace décadas, en la utilización intensiva de los hidrocarburos. Ninguno de los países occidentales es autosuficiente en estos productos (EEUU sólo cubre un 40% de sus necesidades con su producción nacional y la Unión Europea, en peor situación, apunta a una dependencia exterior de hasta el 90% para 2020). Los principales productores y las mayores reservas del mundo se localizan en los países del Oriente Medio (Golfo Pérsico, especialmente), de tal forma que todo indica que en 2020 la dependencia mundial de estas fuentes será todavía mayor que en la actualidad (a pesar de la aparición de nuevas reservas en algunos países del África subsahariana y del Mar Caspio). En consecuencia, el control de estos recursos se convierte en una baza fundamental del dominio mundial que EEUU está persiguiendo, desde su posición de única superpotencia. La actual campaña contra Iraq (segundo país en reservas petrolíferas del mundo), como antes lo fue contra Afganistán (en un intento por controlar un territorio que puede ser vital para acercar las crecientes existencias de hidrocarburos del Caspio a los mercados internacionales), tiene una estrecha relación con planteamientos económicos que se orientan al control de estas fuentes. Es, por una parte, un potencial negocio para las empresas del sector (la competencia entre firmas estadounidenses y europeas por



tomar ventaja en la zona es bien evidente). Y, al mismo tiempo, es una baza geoeconómica para un gobierno como el de Washington que, si logra añadir Iraq a la lista de sus territorios controlados, después de Afganistán y antes de Irán (principal país del mundo por volumen de reservas de gas), tendrá no sólo capacidad para asegurarse su propio suministro, sino también para establecer las reglas del mercado (precios incluidos) en un sector fundamental para el desarrollo económico tal como hoy lo conocemos.

Evidentemente nada puede reducirse en el terreno de los conflictos a una explicación monocausal, pero los factores económicos emergen como una de las claves para entender qué hace rentable, para algunos, el recurso a la violencia. Por cierto, ¿a alguien importa el valor económico de las víctimas, civiles en su mayoría, en estas guerras?

.....
Jesús A. Núñez Villaverde. Director del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)